

brió la superficie de la tierra como si fuese una plaga de langostas, después de haber cometido tantas y tan inauditas atrocidades como son las que nadie puede ignorar, *proficiscens venit ad oppidum Thebes*, dirige su marcha hasta las cercanías de México; y con semblante furioso, centelleantes los ojos, trémula la barba, arrojando espuma por la boca, inquietos los brazos, desasosegado el cuerpo, agitado el corazón, vacilantes las piernas, y todo el en un continuo y desordenado movimiento, se presenta finalmente en el célebre monte de las Cruces á la cabeza de ochenta mil tigres, que no respiran mas que muerte, sangre y desolacion.

¡Dios santo! ¡Dios benigno!
¡Dios de clemencia y de bondad!
¿Adonde estan señor vuestras an-

a Iudic. IX. 50.

tiguas misericordias? ¿Que? ¿dos años de amargura y de dolor que oprimia á los habitantes de México por la funestísima nueva de los males que experimentaba la antigua España, tiranizada en gran parte por el gefe del ateismo, de la irreligion y del libertinage, no eran bastantes á desarmar vuestro enojo tan irritado por nuestras culpas? ¿Dos años de zozobras é inquietudes, de sustos y de temores por los sucesos desgraciados de la guerra tan heroicamente sostenida en la península contra la impiedad y el despotismo, no inclinaron hacia nosotros esa bondad infinita de que siempre os habeis gloriado? ¿Las lágrimas generales que regaron con abundancia el pavimento de este propio templo, los clamores que levantamos entonces desde el profundo

a P.salm. LXXXVIII. 50.

abismo de nuestra miseria pidiendoos el perdón de nuestros delitos, la confusión y amargura con que heriamos nuestros pechos, tomando así venganza de unos corazones que os abandonaron en los días de prosperidad, las oraciones de tantas almas justas que desde el oculto rincón de sus claustros querían forzar las duras puertas del cielo, y haceros una dulce violencia para que volviéseis sobre México vuestros ojos misericordiosos, tantas vigiliass, ayunos, austeridades, mortificaciones y penitencias, y aun lo que excede infinitamente á todo esto, la sangre misma de vuestro unigénito amado que innumerables veces se os presentó en ese altar santo para aplacar con ella vuestra justicia; nada de esto ha alcanzado de vos la indulgencia y el olvido total de nuestras iniquidades? ¿Con que México,

que por tres siglos habia gozado de una profunda paz, que os reconocia y adoraba como á su verdadero Dios, que miraba con el mas tierno y cordial afecto á MARIA su dulcísima abogada, que poseia una prenda la mas estimable de su perpetua felicidad y del cariño que debe á esta madre de la gracia en el lienzo guadalupano; México ha de ver ese mismo precioso lienzo enarbolado en el medio de sus plazas como el estandarte de la rebelion, del odio, del homicidio, del estupro y del sacrilegio? ¿Y lo ha de ver tremolar por unas manos que han sostenido toda vuestra omnipotencia, que han inmolado la víctima pura y santa, que han dispensado los inestimables tesoros de vuestra misericordia, y que cerraron para muchos la boca del infierno, y abrieron las puertas del celestial pa-

raiso? ¿por unas manos que han da-
do libertad á los cautivos, salud á los
enfermos y aun la vida misma á los
muertos mas antiguos, corrompidos
y hediondos? ¿*Quae est enim fortitu-
do mea ut sustineam?* Padre santo;
Dios de clemencia: acordaos señor
que somos flacos y que no podremos
sobrevivir á tan amargo dolor, por-
que ni nuestra resistencia es como la
de las piedras, ni nuestro corazon
tan duro como el bronce.^b ¿No os
apiadareis pues de estos clamores?
¿cerrareis vuestros ojos para no ver
nuestras lágrimas? ¿seremos presa
desgraciada de los enemigos? ¿senti-
remos todo el peso de su infame ti-
ranía?

Consolaos, señores, consolaos,
y respirad un poco dilatando los se-
nos de vuestro pecho angustiado; por-

^a Job VI. 11.

^b Ibid. 12.

que MARIA se presenta ya ante el tro-
no del altísimo, y consigue por últi-
mo el remedio de tan urgente necesi-
dad. Es cierto que *accedens Abime-
lec iuxta turrim, pugnabat fortiter*. El
miserable caudillo de la rebelion lle-
ga casi á las puertas de México, y
alli hace todos los esfuerzos posibles
con el fin de consumir la obra que
trae meditada; pero hay una muger
fuerte y animosa que le detiene el
paso, enerva su fiereza, destruye
sus conatos, y como si le hubiera
estrellado en la cabeza la enorme pie-
dra de un molino, lo imposibilita de
alcanzar mas victorias. *Ecce una mu-
lier fragmen molae desuper iaciens,
illisit capiti Abimelech, & confregit
cerebrum eius.*

Yo no puedo menos que confe-
sar aqui mi rudeza; pues ni tengo
voces, ni hallo palabras que den á

entender como quisiera los vivos sentimientos de gratitud á tan insigne bienhechora que deben animar nuestros corazones, quando hoy, 30 de octubre, dia en que se ha cumplido el primer año despues de la memorable batalla de las Cruces, hemos venido á este magnífico templo á protestar á MARIA, con quantas lenguas pudieremos hablar, que ella fué nuestro escudo, nuestra defensa, nuestra libertadora, nuestra benigna y misericordiosísima madre en las circunstancias mas tristes que pudieron acaecernos en todo el año pasado de 1810. Sí, MARIA fué la que cegó los ojos de los innumerables bandidos que ansiando por las opulentas riquezas de México, se arrojaban precipitados sobre las pocas bayonetas que se les opusieron. MARIA fué la que extendió su manto sobre el pequeño ejército,

si acaso pudo merecer este nombre el que defendia su causa, su honor, y su gloria tan vilipendiada de los sacrilegos facciosos. MARIA fué la que con el soplo de su boca varió la direccion de las balas, hondas y piedras que de otro modo hubieran acabado necesariamente con los nuestros. MARIA fué la que con una mano postraba heridos á los enemigos, y con la otra levantaba del polvo de la tierra héroes invencibles que los destruyesen y acabasen. MARIA fué la que ocupó la cumbre de los montes á cuya falda se situaron nuestros valientes soldados, para impedir el estrago que en ellos debia causar el vivo fuego que de alli se les hacia. MARIA fué por último la que no desdenándose de tomar personalmente el cargo de un general de ejército, inspiraba á los gefes, ayudaba á los su-

balternos, animaba á los que desfallecian, daba actividad á los perezosos, hacia impenetrables las columnas, dirigia los tiros, sostenia los fuegos, y ¿que se yo si hizo parecer á la vista del enemigo como un ejército de cien mil hombres el que apenas contaria ochocientos? Por que *¿quomodo persequatur vnus mille, & duo fugent decem millia?*^a preguntaré yo hoy, como Moyses en otro tiempo á sus israelitas: ¿como puede ser naturalmente que uno persiga á mil y que dos hagan huir á diez mil?

El número de los facciosos que se hallaron en la accion por el cálculo mas corto no es inferior al de ochenta mil, quando la division que les estorvó el paso solo tenia la fuerza de ochocientos. Un exceso tan

^a Deut. XXXII. 30.

enorme, ¿quien no ve que al poder humano es un obstáculo insuperable? ¿No se ha juzgado siempre como un maravilloso prodigio el que Gedeon con trescientos soldados pusiese en fuga á ciento treinta y cinco mil madianitas; ^a que el invicto duque de Cantábria D. Pelayo con solos mil asturianos generosos diese la muerte á veinte mil sarracenos, y ahuyentase la multitud incalculable que ocupaba las montañas de Covadonga; que en la célebre jornada de Clavijo en la Rioja, siendo muy inferior en número el ejército de Ramiro al del poderoso Abderramen su contrario, dexáse tendidos en el campo los cadáveres de sesenta mil moros; y que en la memorable de las Navas de Tolosa habiendose eclipsado doscientas mil lunas africanas, solo desapareciesen

^a Iudic. VIII.

veinte y cinco hermosas estrellas del brillante cielo español? Y si estas acciones fueron tan admirables por el cortísimo número de los que vencieron, ¿que deberemos pensar de la nuestra, reflexionando sobre las demas circunstancias que la acompañaron? Una batalla comenzada á las ocho de la mañana, empeñada con nueva fuerza por parte de los enemigos á las once de la misma, y sostenida con inaudito exemplo de valor por nuestros ochocientos héroes hasta las cinco y media de la tarde, siendo toda su duracion de nueve horas y media, entre montes coronados de gente, que arrojaba dardos, piedras y balas, mantenida por unos hombres débiles, fatigados con el cansancio de los dias anteriores, y que no podian tomar algun alimento para reparar las fuerzas, y ganada por quienes jamas

habian visto el horrible semblante de la guerra; ¿no es la prueba mas cierta de que MARIA asistió muy particularmente á los nuestros, que levantó sus fuertes brazos quando ellos los dexaban caer desfallecidos, que limpió sus preciosos sudores, que consoló sus espiritus generosos, que mantuvo sus nobles sentimientos, que les quitó el horror de la muerte que parece debian esperar, y que infundió en el corazon de los militares americanos la religiosidad de Jepté, la prudencia de Barac, la fuerza de Sanson, la actividad de David, y el entusiasmo heroico de los Macabeos? ¿Dudaremos un momento en afirmar que MARIA trasladó á los campos de México el zelo de Pelayo, la animosidad de los Alfonsos, la piedad de Ramiro, la sagacidad de Ordoño, el empeño de Fruela, la felicidad del santo D.

Fernando, la irresistible fuerza de Carlos V. y que hizo revivir la constancia y fidelidad del invicto Hernan Cortés? Yo señores así lo creo, y siempre publicaré que el brazo del altísimo, importunado, si me puedo explicar de esta manera, de los ruegos é intercesion de nuestra benigna madre fué quien como añadía el mismo Moyses, humilló y confundió á nuestros enemigos; y no solo los desamparó quitandoles todo camino de consejo y de prudencia, sino que los vendió y entregó en nuestras manos, cerrandoles las puertas por donde pudieran buscar nuevo socorro: *Deus suos vendidit eos, et Dominus conclusit illos.*^a

¿Visteis señores alguna vez en el medio de un campo desierto á una debil florecilla, que agitada por todas

^a Deut. XXXII. 30.

partes de los vientos no puede conservarse recta mucho tiempo, é inclinandose con violencia ya al uno, y ya hacia al otro lado, está en el mayor riesgo de verse postrada á la fuerza de tan irresistible enemigo? ¿Observasteis como enmedio de un trabajo tan penoso, cargan sobre ella las rabiosas abispas, que habiendo solicitado en vano otras flores vienen quando el sol calienta con insufrible ardor; y la punzan, la chupan y maltratan, queriendo todas á porfia sacarle hasta la última miel: por lo que ella como abatida en tanto cúmulo de desgracias dexa caer sus bellas hojas, retira sus vivos colores, y quiere ya echarse entre la verde grama, que arrastrada por el suelo no se ve expuesta á tan fieros desastres? ¿Pero advertisteis tambien, que si apiadado el jardinero de la triste situacion en

que la mira, corre veloz hacia ella, espanta aquellos perniciosos insectos, la cubre de los ardores del sol, la cerca contra el ímpetu de los vientos y la humedece con el riego; ya hacia el caer de la tarde está aun mas erguida, agraciada y hermosa que lo que habia aparecido al salir de la mañana? Pues en ella teneis una imagen, aunque muy imperfecta, del beneficio dispensado por MARIA á la valiente tropa americana, quando cercada de un número crecido, rodeada de bocas que todas vomitaban estrago, muerte y desolacion, al pie de cerros casi inaccesibles, ocupados ya por los tigres y leopardos, en tanta duracion de tiempo que hubiera hecho desfallecer al corazon mas animoso, no acostumbrada al estruendo horrisono del cañon, y debil, fatigada y en estado mas bien de rendirse que

de vencer, ahuyentó de México al tirano Abimelec, quien confiado en su increíble fuerza, y orgulloso con las precedentes victorias, desenvainó su espada, y se decia alla dentro de si mismo: „Perseguiré á todos mis hermanos los descendientes de Gedeon, los sorprenderé y cargaré de prisiones, les daré una cruel y terrible muerte, embriagaré mis saetas en la sangre de los buenos, robaré todos sus bienes y me apoderaré de los tesoros. Llegaré á coronarme por rey de mis paisanos: ellos se me presentarán temerosos, y no podran menos que doblar ante mi su rodilla: mi voluntad será executada con presteza en todo este vasto continente; al imperio de mi voz se estremecerá el orbe entero: *implebitur anima mea.*”
¡Que satisfaccion tan grande para mi

^a Exod. XV. 9.

alma que hasta ahora no habia gozado de estos bienes, y ya entrevé la felicidad que la espera! Ea pues, sean todos sacrificados á mi furor; no quede uno de quantos puedan estorbar mi intento. Furias crueles del abismo, venid en mi ayuda, y llevad la desolacion y el terror hasta los fines de la tierra. Saciaos en la inocente sangre de los virtuosos: extended por las ciudades y los pueblos la viudez, y la horfandad, y aumentad vuestra alegria con las lágrimas, suspiros y lamentos del tierno infante, de la honesta doncella, y de la respetable matrona. Corred..." Pero no dixo mas; por que MARIA que parece se habia hecho sorda á nuestros clamores, ni queria oponer su fuerte brazo para contener el ímpetu del enemigo, ó bien por el agravio y sumo deshonor que experimentaba en

su imagen guadalupana, la que era llevada por todas partes como madrina y protectora de crímenes los mas enormes, ó importunada de los fervorosos suspiros de muchísimos justos que encierra México, adornada con todo el esplendor de su gloria, vestida de oro y de carmin, colocada á sus pies la mudable luna, sirviendo uno de sus brazos de digno y magestuoso trono al rey inmortal de los siglos, y empuñando con la diestra una luciente espada, parte en el momento desde la humilde casa que sus hijos le fabricaron antiguamente en las lomas de los REMEDIOS hasta el centro de esta capital, deteniendose en el camino todo el tiempo necesario para humillar la altivez y arrogancia de los furiosos rebeldes. on sup edibni
 No, no fueron las lágrimas, instancias y aun fuerza de los in-

dios vecinos de Naucalpan, Tacuba y demas contornos los que detuvieron el paso á la madre de Dios desde su casa á la nuestra; ni la violencia con que separadas las mulas del coche en que era conducida esta imagen prodigiosa, tiraba la gente de el, unas veces para el santuario, y otras por el camino, empleando en esta contienda porfiada desde las doce del dia hasta las dos y media de la tarde, hora en que llegó á Tacuba; ni la prudencia del comisionado de este superior gobierno y la del juez de aquel territorio, quienes para sosegar esta especie de tumulto, hicieron descansase en el mismo pueblo, mientras que con razones eficaces lograban persuadir á los indios que no traian robado tan inestimable tesoro, sino que por el contrario le iban á poner á cubierto de qual-

quiera insulto de los facciosos; ni quantas dificultades invencibles al parecer se ofrecieron en lo restante del camino que á cada paso servian de la mayor afliccion á los sacerdotes sus conductores, y al caballero diputado para comision tan difícil; nada de todo esto, digo señores otra vez, fué el motivo de la dilacion en su llegada hasta el lugar en que hoy la veneramos. Ella, ella misma ha sido la que dispuso tantos inconvenientes para auxiliár, mientras sucedian, á nuestros hermanos que peleaban por su causa y por nuestra libertad. Ella la que os inspiró, SEÑOR EXMÔ. el que dictaseis la orden para su venida: ella la que volvía y revolvía innumerables veces, como si puesta ya en camino hacia México deliberase en lo corto de su espacio ya el visitar y ya el no visitar á sus angustiados hijos: ella la